

## Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor: como hija, esposa y madre, conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## 7. El vino de la fe

### a. Una imagen, una pregunta

El vino alegra el corazón del hombre. Lo dice la Escritura (Eclo 31, 35; Sal 104, 15). ¿Y la fe? ¿Es capaz de alegrar nuestro corazón? San Pablo lo tenía claro y se lo repetía con insistencia a los suyos: “Os lo repito de nuevo: Estad siempre alegres en el Señor” (cf. Fil 4, 4). El Evangelio comenzó con una llamada a la alegría. A María se le anunció el nacimiento de Jesús (y el de Juan el Bautista) y se le dijo: ¡Alégrate! (Lc 1, 28). Para san Lucas esta palabra representa el programa del cristianismo: una llamada a la alegría. Poco después el evangelista repetirá este inicio en la palabra del ángel a los pastores: “Os anuncio una alegría inmensa”. Este anuncio de gozo, esta buena y alegre noticia es el “Evangelio”. Es un nuevo inicio que lo cambia todo. Recientemente se nos han repetido estas palabras: tras la “fumata blanca”, antes de conocer al nuevo papa se nos comunicó una gran alegría: “Habemus papam!”

También la historia de la Antigua Alianza – que preparaba la Nueva – comenzó así. A *Abram* Dios le pidió: “Sal de tu tierra” (Gén 12,1), y le prometió una descendencia. Aunque era ya anciano, *Sarai*, su mujer concebirá un hijo. Al gozo creyente de Abrahán le acompaña la risa de Sara, primero, es cierto, por desconfianza, pero después por la alegría del nacimiento de Isaac: “Dios me ha dado motivo para reír, y todos los que se enteren reirán conmigo” (Gén 21, 6; cf. Gén 18, 13-15).

Sin embargo, aunque el vino alegre el corazón, caliente el estómago, nos haga locuaces y sonrose nuestras mejillas..., lo hace por poco tiempo. Además, si nos pasamos, puede conducirnos a una buena resaca matutina, o a algo peor. ¿Y la fe? Junto al anuncio de la fe, viene la vida real llena de problemas, dificultades y tormentas, que parecen negar lo que es cristiano. ¿Cuánto dura la alegría del vino de la fe? ¿Cuál es la alegría que nos trae Cristo? ¿Cuál es la alegría de la familia creyente, es decir de aquella que acoge a Cristo en su hogar? ¿Es posible recomenzar cuando el principio está tan lejos, cuando la desconfianza ha invadido nuestras relaciones?

### b. Algo de historia

El mensaje de alegría del Evangelio se complica cuando Jesús explica las condiciones para seguirle. Son felices los tristes, son dichosos los que lloran, porque serán consolados. El último será el primero. ¿Cómo es esto posible?

La objeción que se levanta ante las palabras de Jesús es la siguiente: la fe, ¿es vino o es opio? Más que alegría de la vida, la religión cristiana parecería ser como la morfina, la adormidera del pueblo, un consuelo para esta vida basada en una promesa de futuro que nos aletarga (Karl Marx). Este engaño se manifiesta en especial en la visión del amor. La Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones habría envenenado el *eros* humano, habría amargado lo más hermoso de la vida (Friedrich Nietzsche). ¿No ha prohibido el cristianismo comer del árbol de la vida? ¿No lo ha prohibido todo?

Todavía hoy es fuerte la sensación de que el cristianismo se opone a la alegría. Nietzsche lo escribió con terrible dureza: “Todo este absurdo residuo de fábulas cristianas, conceptos y teologías

no nos interesan. Podrían ser todavía mil veces más absurdos, y nosotros no moveríamos un dedo contra ellos. (...) Hasta que no sintamos la moral cristiana como un delito capital contra la vida, sus defensores tendrán ventaja”. Para el filósofo alemán, el pecado más grande en el mundo fue el de aquel que dijo: *¡Ay de aquellos que rien aquí abajo!* O, dicho de otra manera: ¡Dichosos los que lloran!

Así, frente al Crucificado, su moral del perdón y la compasión y sus virtudes para débiles, Nietzsche nos presenta a Dionisio, el espíritu libre y la moral de los fuertes. El cristianismo le ha quitado a la vida su vino, lo ha corrompido, aguándolo, lo ha rebajado a mosto o a zumo de uva, quitándole su graduación, su sabor y sus efectos.

Pero si la acusación de Nietzsche nos resulta lejana y demasiado radical, podemos considerar una provocación más sibilina. También el joven Albert Camus se rebelaba contra las palabras de Jesús. En realidad, decía, nuestro Reino sí es de este mundo. Por eso, la luz y el sol de la tierra es nuestro reino. La alegría suprema es atravesar este mundo, abrazarlo, dominarlo. O, como decía el Zaratustra de Nietzsche: “Es cierto que si no nos hacemos como niños no entraremos en el reino de los cielos, pero es que nosotros no queremos en modo alguno entrar en el reino de los cielos: somos hombres, lo que queremos es el reino de la tierra...”.

Sabemos bien a dónde han conducido las propuestas de Marx, Nietzsche y Camus. Junto al entusiasmo por el mundo, ha surgido el límite, la tristeza, el hastío. Ya no hay árboles prohibidos, pero esto no nos ha traído la salud. Ya no importan los mandamientos, pero esto no nos ha liberado. Más bien ha generado la náusea y el tedio. Hemos perdido todavía más libertad.

¿Entonces, qué podemos decir? La cuestión de la alegría – el vino de la fe – no es sencilla. Tanto la permisividad como la disciplina mal entendida pueden hacer del hombre un esclavo, vacío y triste. Veamos cómo habla la Escritura acerca del vino, oportunidad y amenaza para el hombre.

### **c. A la luz de la Escritura**

Trigo, vino y aceite es lo que produce la Tierra Santa, el alimento cotidiano (cf. Dt 8, 8; 11, 14). En concreto, como ya sabemos, el vino “regocija el corazón del hombre” (Sal 104, 15; Jue 9, 13). Es parte del festín mesiánico y también de la comida eucarística, del gozo de la caridad de Cristo.

Será Noé el primero que plante una viña y después se sorprenda ante los efectos del generoso vino (cf. Gén 9,20). Así, ya desde el inicio aparece la ambigüedad de esta bebida, alegre y peligrosa. En efecto, el vino es signo de prosperidad (cf. Gén 49,11; Prov 3,10; Eclo 32,6; 40,20), pero exige la sobriedad (Eclo 31,27). El vino es la dicha del discípulo de la sabiduría (Prov 9,2) y es la vida para el hombre cuando se bebe moderadamente (2Mac 15,39). De otro modo, la abundancia se convierte en motivo de perdición, y el vino se presenta como sinónimo de embriaguez y del culto a los ídolos (cf. Eclo 10,19; Zac 10, 7; Jdt 12; 13; Job 1, 18; Jer 51, 7; Ap 18,3).

De esta manera, el vino necesita recibir una medida. San Pablo recomendaba la sobriedad (1 Tim 3, 3.8; Tit 2,3), no la abstinencia (1 Tim 5,23). Jesús mismo bebía vino, aunque pensaran mal de él (cf. Mt 11, 19). Frente a esto, entregarse a la bebida es olvidar a Dios (cf. Am 2,8; Os 7,5; Is 5,11). Quien bebe de esta manera, acaba en pobreza (Prov 21,17), violencia (Eclo 31,30), palabras injustas (Prov 23,30)... Es contrario a la vida del Espíritu (Ef 5,18). Así lo resume el libro del Eclesiástico:

“No te hagas el valiente con el vino, porque el vino ha sido la perdición de muchos. Como la fragua pone a prueba el temple del acero, así el vino prueba al hombre en las disputas de los prepotentes. El vino es como la vida para el hombre, siempre que se beba con moderación. ¿Qué es la vida cuando falta el vino? Porque él fue creado para alegría de los hombres. Gozo del corazón y alegría del alma es el vino bebido a su tiempo y en la medida conveniente. Amargura del alma es el vino bebido en exceso, con ánimo de desafiar y provocar. La embriaguez enfurece al necio hasta el escándalo, disminuye sus fuerzas y le provoca heridas. Mientras se bebe vino, no reprendas a tu

prójimo ni lo humilles si se pone alegre; no le dirijas palabras injuriosas ni lo importunes con reclamos” (Eclo 31, 25-31).

Desde esta ambigüedad, entendemos que en la Escritura aparezcan personas que se abstengan del vino. Por ejemplo, los sacerdotes de la antigua alianza no bebían vino pues debían enseñar y juzgar (cf. Ez 44,21). Los consagrados a Dios, como Sansón (Jue 13,4), Samuel (1Sa 1,11) o Juan Bautista (cf. Lc 1,15; 7,33), no bebían vino (a veces era un voto temporal, cf. Num 6,3-20; Hch 21,23). Tampoco lo hacían quienes deseaban recordar el tiempo en que Israel estaba privado de él (Dt 29,5). Por supuesto, su abstinencia era signo de algo más importante: no se rechazaba el vino porque fuera malo, sino para manifestar una verdad más elevada.

Pero en su perspectiva más amplia, la Escritura nos presenta el vino como un don de Dios, presente también en los sacrificios (cf. 1 Sam 1,24; Os 9,4; Ex 29,40; Num 15,5). El vino es todo lo que puede tener de agradable la vida: amistad (Eclo 9,10), amor humano (Ct 1, 4; 4,10), todo gozo en la tierra.

Simbólicamente es también signo escatológico. El gran castigo por la ofensa a Dios es la privación del vino (cf. Am 5,11; Miq 6,15; Sof 1,13; Dt 28,39). Aquel día solo se beberá el vino de la ira divina (Is 51,17; Ap 14,8).

El vino será decisivo en el sacrificio de la nueva alianza. La promesa de felicidad es una sobreabundancia de vino (cf. Am 9,14; Os 2,24; Jer 31,12; Is 25,6...), que se cumplirá con la llegada de Jesús, que traerá vino nuevo en odres nuevos (cf. Mc 2,22). No en vano, el primer signo que realizó Jesús fue el del vino abundante y de mejor calidad en Caná de Galilea (cf. Jn 2). La alegría que encuentra el marido con su esposa, a través de Jesucristo, la encontrará Dios con su pueblo (cf. Is 62, 5). El vino nuevo evoca el festín escatológico (Mt 26,29) que será anticipado en la Eucaristía. Antes de beber ese vino definitivo, nos alimentamos día a día del vino transformado en la sangre de Cristo (cf. 1 Cor 10,16). Por eso, el vino nos lleva a dar gracias (Col 3,17; 2,20) y a recordar el sacrificio que nos salva (1 Cor 11,25).

#### **d. Para dar vida en el mundo**

¿Qué es la fe, vino u opio? Para iluminar la respuesta nos ayudará considerar tres características del vino. Por una parte, el vino no se improvisa, no se elabora en un instante. Necesita tiempo y una larga tradición. Por otra parte, la alegría del vino solo es posible en virtud de la maduración dolorosa de la uva. Finalmente, el vino, fruto del trabajo de muchos, pide ser bebido en la comunión, no en la soledad.

##### **d.1. El vino de solera: un don que nos precede**

Para elaborar un buen vino hace falta paciencia. Necesitamos buenas viñas, bien cuidadas y en buenos lugares donde el sol, la lluvia y las temperaturas se alíen con nosotros. También necesitamos tiempo para que la uva madure y después fermente en la bodega. Elaboramos el vino a partir de dones previos: de viñas que quizás no hemos plantado ni cuidado, de tierras, agua y sol que no hemos creado

Como el vino, la alegría de la fe no brota de la nada, sino que tiene una historia. Se trata de una alegría que procede de un don previo: un encuentro con una persona, Jesús, que está entre nosotros. La alegría, nos decía el papa Francisco, “nace del saber que, con Él, nunca estamos solos”. Quien cree nunca está solo. Sabe que alguien lo escucha, sabe que tiene a las espaldas la gran comunidad de los que han caminado antes que él.

La alegría es un don. Se nos da sin mérito propio. Así lo hemos experimentado al nacer en nuestra familia y ser acogidos sin condiciones. Así lo vivimos al renacer en la familia de la Iglesia. Esta alegría es posible porque junto al don de la vida, se nos regala también un sentido para vivir.

Dar la vida a un niño solo es justificable si le podemos dar algo más que la vida: si le damos un sentido que sea más fuerte que la muerte o de los horrores previsibles e imprevisibles que le esperan (J. Ratzinger, *Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia*, 42-43). Ese sentido procede de un regalo anterior: el amor incondicional de Dios, manifestado en el amor incondicional de nuestros padres. Así, estos dones preceden a nuestra libertad personal y nos llaman a dar una respuesta personal.

Pero además de ser un don, la alegría exige esfuerzo. En tiempos de Jesús, la palabra *evangelium* no significaba simplemente “buena noticia”. Eran también las ordenanzas promulgadas por el emperador, que a menudo no eran noticias alegres o fáciles para los destinatarios. Era el mensaje del emperador, que a veces no agradaba sino que pedía esfuerzo. El mensaje de Jesús es evangelio, no porque nos complazca o sea cómodo o divertido, sino porque procede de Aquel que es la llave de la alegría verdadera. Solo la verdad hace libres, solo la libertad hace alegres.

## **d.2. El vino de los dolores: el esfuerzo de la alegría**

Esta dimensión de esfuerzo se manifiesta también en el vino. La uva, que brota y madura con dolor bajo la lluvia, el frío y el sol, será recogida en la vendimia, antiguamente para ser pisoteada, hoy para ser prensada, y con el tiempo llegar a ser un buen vino.

En la Última cena, Jesús reveló a través del vino el misterio de su entrega. Tomó el cáliz, dio gracias y lo entregó a los discípulos mientras decía: Bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la Alianza, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26, 27-28). La “pasión” y la “gloria” de la uva nos revela que Dios encuentra al hombre tan importante que llega a sufrir personalmente por él: hasta derramar su sangre y ofrecérsela todos los días en la Eucaristía.

Desde aquí entendemos la alegría propia de la Pascua. La fuente del gozo es la Resurrección de Jesús, el evento que ha cambiado la historia, el verdadero motivo que hace de la Encarnación el inicio de un tiempo nuevo, el año 0 de nuestra era. Si el nacimiento de Jesús marca los tiempos señalando un antes y un después, es por lo que sucedió en torno al año 33: la resurrección de Jesús, que dejó vacío su sepulcro. Pero este gozo victorioso tiene su raíz en la Cruz. En el Calvario no hay sonrisas sino lágrimas y hondo dolor. Sin embargo, junto a María al pie de la cruz descubrimos la causa profunda de nuestra alegría: Así ama Él. Jesús nos demuestra la abundancia de Dios al entregarse: Él es el derroche de Dios para con nosotros. Así ama Cristo a la Iglesia, así ama el esposo a su esposa. Este es un “gran sacramento” (Ef 5, 32).

Así, mientras que para Nietzsche la cruz era el signo más abominable de lo negativo del cristianismo, para nosotros es el núcleo del evangelio, que manifiesta la positividad de nuestra vida. Es amada hasta el punto de que vale la pena morir por ella. Quien es amado hasta la muerte, sabe que es amado realmente. Y Dios nos ama de esta manera: esta es nuestra verdad.

La alegría de la cruz y la resurrección, el gozo del vino lo vivimos bien en familia. Hay momentos de alegría y prosperidad, y otros momentos más serenos y tranquilos, de fidelidad a la cruz cotidiana o extraordinaria, que dan fuerza y solera a nuestra alegría. En todos ellos recibimos la seguridad de que somos amados incondicionalmente y hasta el extremo. Así nos ama Cristo en la cruz y así nos aman nuestros padres: hasta dar la vida por nosotros. Por esto vale la pena vivir. Este es el único mensaje alegre que quita a todas las demás alegrías su ambigüedad. En su mismo núcleo, el cristianismo es la autorización a estar verdaderamente alegres.

Desde este gozo, estamos llamados a aceptarnos a nosotros mismos, acoger nuestro propio límite, nuestra indigencia. Desde el amor divino y paterno, desde ese “¡Es bueno que tú existas!”, podemos acoger la vida con sus limitaciones y reconocer que no ha sido un error absurdo.

## **d.3. El vino de la alegría: No bebas solo**

El principal peligro de beber vino no viene de las cantidades sino de las compañías. Por supuesto, que la cantidad importa, y mucho. Es preciso beber con moderación. Pero el problema más

grave del vino surge cuando bebo solo o mal acompañado. Un buen amigo me ayuda a beber bien (con la medida adecuada), compartiendo la alegría de vivir. No podemos beber solos: el vino pide que el gozo se comunique.

Para Albert Camus, aquel que decía que nuestro reino *es* de este mundo, las relaciones humanas se parecen a dos hombres que discuten a través de las paredes de una cabina telefónica: permanecen distantes e impenetrables. Para el cristiano, el modelo de relación personal es la entrega de Jesús, que nos permite comer del mismo pan y beber del mismo cáliz. El vino nos habla precisamente de brindis: se comparte el vino, las copas tintinean al chocar, y miramos al futuro con esperanza. No hay fronteras ni distancias insalvables.

El vino nos enseña que la alegría de la fe no procede de una relación individualista con Dios. La unión con Él crece al comunicarla a los demás. Por eso, existe una relación entre la alegría profunda del corazón y el sentido del humor. Podríamos decir que se trata de un criterio de discernimiento para la Iglesia: allí donde no hay alegría y se apaga el humor, allí donde hay caras largas, no está el Espíritu Santo de Jesucristo. La alegría es un signo de la gracia. En este sentido, el humor (no la banalidad ni la frivolidad) es un termómetro de la fe. Nos manifiesta cuál es la gracia de la gracia. Quien está sereno en el fondo de su corazón, quien ha sufrido mucho y no ha perdido la alegría, no ha sucumbido al cinismo, está cerca de Dios.

Por eso, la alegría cristiana permanece en las tinieblas: vale para el prisionero, el cansado o el oprimido por mil preocupaciones, para el que llora, y para el que no parece tener nada de lo que alegrarse. “Dichosos los que lloran...” Nietzsche veía el más grande pecado en esta palabra de Jesús, pero en realidad esta es la palabra que manifiesta que la alegría del evangelio alcanza hasta el fondo, hasta ese lugar donde cualquier otro buscador de felicidad no llega.

#### **“Sobria ebriedad”**

La alegría cristiana, tal como la vivimos en familia, implica salir de sí, un desbordamiento parecido al de los ríos en crecida. Es lo que algunos Padres de la Iglesia llaman *sobria ebriedad*, una sobria ebriedad: estar colmados de una alegría que une a las personas a partir de lo interior, conduciéndolas a la alabanza comunitaria de Dios, una alabanza que al mismo tiempo suscita el amor del prójimo, la responsabilidad recíproca (Benedicto XVI, *Audiencia general*, 21 de diciembre de 2009). Es una “borrachera” que de todos modos permanece sobria y ordenada.

Es lo que ocurrió en Pentecostés, en la fundación de la Iglesia de Dios. El Espíritu Santo se manifestó como fuego que transforma el mundo, pero fuego en forma de lengua, es decir, fuego que también es razonable, que es también comprensión. Algunos pensaban que los discípulos estaban borrachos, pero en realidad, estaban serenos y en sus cabales. Este fuego inteligente, esta sobria ebriedad, es característica del cristianismo (Benedicto XVI, *Meditación*, 8 de octubre de 2012). Esto es lo que pedimos en la oración de san Ignacio después de comulgar: “Alma de Cristo, santifícame; cuerpo de Cristo, sálvame; sangre de Cristo, embriágame...”. *Sanguis Christi, inebriame!*

#### **e. Conclusión**

El vino alegra el corazón del hombre. Lo dice la Escritura. Y el don de la fe no es un opiáceo, sino que es verdadero vino. No es fuga del mundo, sino entrada en él. Lo decía una madre poco creyente, cuyo hijo había sido liberado de la droga al encontrarse con Cristo. ¿Cómo podía ser una droga aquello que sacó a mi hijo *literalmente* del opio?

El gozo de la fe comienza aquí. Lo vemos en nuestra vida de familia: la alegría, siempre entremezclada con tonalidades de dolor, ya ha dado inicio. En realidad, no hay nada más contrario al opio que la fe. Esta es una amistad con Cristo, una relación con Dios, y por eso, una forma de vivir más en el mundo. Entrando en contacto con el Creador, entramos más en el mundo, amamos más a las personas y, por ello, sufrimos más y gozamos más. Vivimos la vida con más intensidad.

“Esta es la primera palabra que quisiera deciros: *alegría*. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo (...). Nosotros

acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro” (Francisco I, *Homilía de la misa del Domingo de Ramos*, 24 de marzo de 2013).

#### - Tres preguntas para el coloquio

1. “No os dejéis robar la esperanza”, nos ha repetido el papa Francisco. No faltan los obstáculos y dificultades en el camino de la familia. ¿Qué prácticas nos ayudan a fortalecer la presencia de Jesucristo en nuestra vida cotidiana? ¿Qué significa el “esfuerzo de la alegría”?

2. La Iglesia da al hombre la fiesta, que es algo distinto del tiempo libre. La sociedad ha encontrado el culto al trabajo, pero no ha encontrado el modo de vivir el tiempo libre. ¿Cómo celebramos la fiesta de la liturgia (la misa del domingo, la oración en casa...) en familia? ¿Cómo ayudamos a nuestros hijos (y cómo nos ayudan ellos a nosotros)?

3. El sentido del humor es un criterio de discernimiento de nuestra alegría y una ayuda para poner las cosas en su sitio: nos ayuda a reconocer que *el agua pasada no mueve el molino*, que *con estos bueyes hay que arar*, y que *pelillos a la mar...* sin quitarnos el fuego de la exigencia y el deseo de más. ¿Cómo podemos ayudarnos unos a otros a cultivarlo?

#### - Compromiso de equipo

*Familiar*: Buscar un modo diario de manifestar la alegría de vivir en gracia.

*Del equipo*: asistir en grupo a la conferencia de D. Alfonso López-Quintás en el Galilea (13 de abril). Os recordamos que ya podéis apuntaros a la Discipulada (18-19 de mayo).

#### - Próximos eventos de Familias de Betania:

**Retiro**: D 7 de abril, 11 h. (P. Luis Sánchez; c/ Moscatelar, 16)

**Galilea**: S 13 de abril, 17.15 h. (D. Alfonso López Quintás; Colegio Stella maris–La Gavia)

**Retiro con guardería**: D 21 de abril, 11 h. (P. Luis de Prada; Colegio Stella maris–La Gavia)

**Discipulada**: S 18 de mayo (tarde) – D 19 de mayo (Colegio Stella maris–La Gavia)

#### - Para los interesados en más:

BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 3-4:

[http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20051225\\_deus-caritas-est\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est_sp.html)

BENEDICTO XVI, *Meditación al inicio del Sínodo de los obispos, 8 de octubre de 2012*:

[http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/speeches/2012/october/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20121008\\_meditazione-sinodo\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2012/october/documents/hf_ben-xvi_spe_20121008_meditazione-sinodo_sp.html)

FRANCISCO I, *Homilía, Domingo de Ramos, 24 de marzo de 2013*:

[http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/homilies/2013/documents/papa-francesco\\_20130324\\_palme\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130324_palme_sp.html)

#### - Intenciones de Benedicto XVI para el mes de enero:

**General**: Que la celebración pública y orante de la fe sea fuente de vida para los creyentes.

**Misionera**: Que las Iglesias locales de los territorios de misión sean signos e instrumentos de esperanza y de resurrección.